

ABIERTO O CERRADO

El Museo de Bellas Artes de Asturias te engancha, te envuelve, tiene la extraña capacidad de colarse en tu mente, en tu piel, en tu olfato, en tu tacto. Lo hace poco a poco sin que te des cuenta.

Es ÉL, son sus habitantes, su historia, sus espacios, es como si de repente tú igualmente fueras habitante, historia, espacio, como si fueras ÉL.

Querer meterse en su interior es mucho más que trabajar sobre sus salas y su mundo; es introducirte hasta la médula en lo que respira, lo que mira, lo que susurra.

Sus tentáculos crecen y atraen con su abrazo cada vez a más personas que lo entienden o lo intentan, pero sobre todo lo admiran y lo sienten como suyo.

Todas estas percepciones golpean mi cabeza, cada minuto, cada instante en el que pienso en 'Aquí no hay nada que mirar'.

Trabajar con Irma y con José Carlos, codo con codo, es una experiencia enriquecedora a la máxima potencia. No tenemos ningún reparo en hablar de tú a tú trajinando la trama que dará soporte al evento final. Alfonso compartió con nosotros algunas de las charlas.

Irma es la artista, ella sabe y decide con tino, nosotros la acompañamos, cada uno en nuestro rol.

Cuando llegamos al montaje el proyecto de la exposición estaba muy claro, y sigue estando muy claro; todo el trabajo fluyó respondiendo a cada deseo. En el devenir de cada incorporación aparecieron nuevas visiones nada desdeñables. Algo parecido sucedió con el descubrimiento de alguna documentación que no se había visto hasta el momento.

De alguna manera surgió la impresión o más bien intuición de que el Museo hablaba, opinaba, daba pistas. A veces esos indicios parecían aflorar de la presencia, no intencionada, de transeúntes que pasaban de soslayo por los espacios en los que trabajábamos, aunque en realidad no decían nada relativo a lo que estaba sucediendo en nuestro dominio. Pero el público existe, transita los espacios, los percibe, los siente, en definitiva, también es Museo.

Acabada la construcción expositiva la sensación es de perfección, responde al imaginario imaginado. Pero sin embargo en la retina, además de la presentación establecida, tenemos fijadas otras representaciones de las piezas. Imágenes interesantes, bellísimas, intelectualmente ricas y potentes.

Y entonces sobreviene una relectura de todo lo plasmado. Una interpretación hecha escuchando y sintiendo al MUSEO, con toda su unidad al completo -salas, habitantes, piezas, pinturas, muebles, almacenes, personas.....

La exposición admite esas variaciones, son válidas tanto formal como conceptualmente hablando.

El Patio, con la fotografía+audio del gran hacedor....., "El taller" y con el gran cubo, "*Del lugar cerrado (Almacén 1)*", proyectado como totalmente cerrado pero que al abrir finalmente una parte permite el juego del deambular del visitante entre en sus tripas constructivas, representativas del volumen que ocupa lo que está encerrado detrás del muro abatido de la sala B, eso que únicamente se puede mirar desde la abertura. La dualidad abierto-cerrado está servida. Ambas ideas son posibles.

En la Sala A, "*Todo está contenido en esta nada*", representa, dibujado en el aire, el positivo de un contenedor de cuadros alojado en uno de los recintos de almacenaje del Museo; la acompaña, a modo de referencia "*Nota al pie*", un audiovisual totalmente escultórico. Asimismo, está en una de las paredes, "*Sobre el plano*", planteando, haciéndonos un guiño para jugar a construir, el diseño "explorado" de una de las partes de la estructura. "*Todo está contenido en esta nada*", es una pieza autista, hay que acercarse con sigilo, con ansias de ver el secreto de su interior, que no es otro que el espíritu de los cuadros que contiene su negativo en las catacumbas de la pinacoteca. Pero claro, si quitamos su tapa más pequeña descubrimos un túnel casi infinito que libera con ese gesto la esencia de las pinturas imaginadas. La visión turbadora atrapa con su verdad constructiva de una manera hipnótica. Seguramente a los visitantes les enredará el pensamiento esa secreta evidencia interior. Abierta o cerrada. Ambas ideas son posibles.

En la Sala B, "*La pared creíble*", es una pieza *per se*. Dispone una distorsión que se genera al pivotar desde una de sus esquinas el paramento del lado derecho transformando así su planta. Desde la abertura generada descubrimos una estructura metálica de almacenaje de cuadros que nos recuerda al cubo del Patio. Frente a la entrada de la sala, aparecen colgados todo un conjunto de marcos sacados de los almacenes, pieza titulada, "*En otro sitio (están)*". En la parte izquierda se ubica un bastidor nunca usado, elaborado por el hacedor, con título "*Bastidor para Sorolla (Tipos de Guipúzcoa, 1912)*"; lo acompañan las hojas de registro de los bastidores realizados en el taller de carpintería del Museo desde abril de 1990 hasta febrero de 2011. El conjunto que presenta este sitio resulta cautivador, ensamblando la sobriedad de la pieza minimalista construida con el desplazamiento del muro con la barroca acumulación de marcos flanqueados por la sobriedad de un bastidor desnudo. ¿Y si se vaciara la estancia y restara solamente la relectura del paralelepípedo con la visión interna que ofrece sin nada que perturbe ese gesto? Lleno o vacío. Ambas ideas son posibles.

La interacción entre la artista y el Museo ha sido tan intensa y simbiótica que, manteniendo la idea primigenia sin variar el rumbo ni un grado, se pueden imaginar otras lecturas. El público tiene la palabra.

Irma Álvarez-Laviada ha interiorizado tan bien el MUSEO que ha conseguido la EXPOSICIÓN óptima. Varias son posibles en un mismo tiempo y espacio. Balanceando el dentro-fuera, el abierto-cerrado, el lleno-vacío, ofrece la posibilidad de plantear y replantear la dinámica de 'Aquí no hay nada que mirar'.